

Mas nadie entienda que los marineros
En su falso viaje no han hallado
Mas que estos cuatro espíritus ligeros,
Que treinta y dos la aguja ha señalado
De navegar; con que los senos fieros
Rompe el bajel mas flaco al Ponto hinchado,
Y tantos son cuantas exhalaciones
Suben del sutil aire á las regiones.

Pero aunque en tantas partes se divida
Este escuadron, cada uno fuerza tanta
Tiene, que arranca sin que se le impida,
Cuando se enoja, á la mas dura planta;
Suspirando con rabia embrevada,
A veces hasta el cielo el mar levanta,
Y desde el bajo Polo á la Bocina
Las naves mas cargadas avecina.

Con atrevida furia confiados
En los mudables vientos los cosarios,
Si es que pueden estar asegurados
Por ventura en sus ánimos voltarios,
Con los débiles vasos, fomentados
De sus soplos, asaltan temerarios
Las torres de alto borde, y de las ondas
Bajar las hacen á las cuevas hondas.

Mas el eterno Eolo, á quien toca
Dar con su aliento vida á tierra y cielo,
Las alas les ató en la negra roca,
Movido con piadoso y justo celo;
Cuando en defensa de la armada loca,
En el Lepanto sacudían el vuelo,
Adonde del concorde cristianismo
Fue roto el otomano paganismo.

Luego que el Criador omnipotente
Las bocas les cerró, y de todo punto
Sus campos allanó el mar inclemente,
Ya reservados para el triste punto;
Con orden militar y conveniente,
De las escuadras todo el poder junto
De Carlos el invicto hijo reparte,
Y contra la turquesca gente parte.

Con los remos y proas azotadas,
En blanca espuma el húmido elemento
Vuelven las fortalezas fabricadas
Sobre el inquieto y fluctuoso asiento;
Y tanto las grandezas torreadas
Se levantan en alto sobre el viento,
Que parecen las cicladas redondas
Que arrancadas sulcando van las ondas.

El enemigo ejército guiaba,
Dispuesto en forma de menguante luna,
Su gran poder, en que pronosticaba
Que iba menguando su cruel fortuna;
Como la misma Cintia cuando daba
Luz sin menguar su rostro en parte alguna,
Y después pierde de la vista cara,
Hecha una corva hoz la virtud clara.

Puesto en frente el infiel campo otomano
Del nuestro, apenas del combate duro
Dando señal, salió del bronce vano
El ronco trueno por el aire oscuro;
Cuando rompiendo el escuadron cristiano
Los extendidos valles del mar puro,
En las armadas huestes del contrario
Embiste con denuedo temerario.

Unos se alegran viendo en corto estrecho
O en extendido y descubierta llano
Al caballo andaluz herirse el pecho
Con el hierro de la una y otra mano;
Y ya al siniestro lado, ya al derecho,
Volver al son del instrumento vano;
Y como el mar ondea bajo y alto,
Tras el doblado paso dar el salto.

DIA TERCERO.

Salen bramando por los huecos caños
De los tiros las balas abrasadas,
Haciendo mas inremediables daños
En las naciones de Levante airadas,
Que no las nubes cuando en tristes años
De impetuosa tempestad cargadas,
De los senos granizo derramando,
Van las doradas mieses derribando.

Con la niebla que en alto el fuego envía
De negro humo, el cielo fué perdiendo
La clara vista, y al sereno día
Volvió en tinieblas el nublado horrendo;
En las cavernas de la rueda fria
Alborotada del terrible estruendo,
Los espantosos ecos retumbaban,
Que las llamas con impetu causaban.

A cada paso los cerrados pechos
Abriendo el Ponto, heridos y azotados,
Da, todo vuelto en sangre, en sus estrechos
Sepultura á los cuerpos destroncados;
Que con las balas rotos y deshechos
De los metales fuertes y colados,
Sin número caían de la popas,
Y de las proas en espesas tropas.

Mas no por eso la sangrienta guerra
Sobre las ondas oprimidas cesa,
Que con las corvas áncoras afierra
La nuestra en la enemiga armada gruesa;
El uno con el otro bajel cierra,
Y adonde hay mas peligro se atraviesa,
Renovando el feroz juego de Marte
Con ira y rabia de una y otra parte.

Derrámase gran grita y vocería
A este punto por todas las defensas;
En lugar de jugar la artillería,
De todas armas llueven nubes densas;
Y en la nueva batalla que crecía
Por momentos, crecían las ofensas;
Entonces una confusion de espadas
Nació entre picas, petos y celadas.

Reforzando la guerra con la furia
Con que vienen las lluvias de Occidente,
Cuando cargados de bañada injuria
Nacen los cabritillos en Oriente,
O con la que el furioso Noto injuria
A las plantas, vertiendo de la frente
Agua y granizo, y con terrible espanto
Tira Jupiter rayos entre tanto.

Como lobos rabiosos y inclementes
Cuando, saliendo de diversas cuevas,
Dan contra los corderos inocentes,
Haciendo en ellos las hambrientas pruebas,
Así nuestros soldados impacientes
Cobrando á cada paso fuerzas nuevas,
Dentro en los fuertes movedizos saltan,
Y con mortal estrago les asaltan.

Dió á la fiel liga el caso desastrado
El merecido fin de la victoria,
A los infieles el funesto hado
Justo castigo con mortal historia;
El que vivo quedó, desbaratado,
Acercando al César nueva gloria,
Huyendo sale por el lago abierto,
A manos del temor ya casi muerto.

Otros de ver los bailes y las danzas
Que el tierno amante por dar gusto inventa
A aquella que con verdes esperanzas
Su corazón mantiene y alimenta,
A quien da el alma envuelta entre mudanzas,
El cuerpo al aire con que se sustenta,
Al firme suelo las ligeras plantas,
Tristes suspiros á las luces santas.

Otros están mirando desde afuera
Las fingidas batallas que de Marte
Representan la guerra verdadera,
Con las hileras de una y otra parte;
Y en los campos labrados de madera
El blanco Rey, que contra el negro parte,
Acompañado del guerrero gremio
Por alcanzar el prometido premio.

Y nosotros ¿la vista no alzaremos
A mirar de los orbes desiguales
Las maravillas que estampadas vemos
En contorno con letras inmortales?
Y en un compuesto ¿no contemplaremos
Las hazañas divinas y mortales,
Que obró con artificio soberano
Del Padre Eterno la invencible mano?

Tú, Señor, que las aguas dividiste,
A la tierra del peso húmido y vasto
Librando, en firme asiento la pusiste,
Para que diese el deseado pasto;
Tú, que sus faldas de árboles cubriste
Y de yerba y de flor su vientre casto,
Haz que de tierra y mar los elementos
Yo pinte con diversos ornamentos.

La mas soberbia roca, cuya cima
Esconde entre las nubes la cabeza,
El alto atlante, que sustenta encima
De la cerviz la celestial grandeza,
Antes que Dios la arquitectura prima
Formado hubiese en circular alteza,
Tenian las espaldas sumergidas
En las aguas que no eran divididas.

Mas cuando de su mano omnipotente,
Como en fendo, el imperio y el gobierno
Del orbe quiso dar liberalmente
Al hombre el justo Rey y Padre Eterno,
Mandó á Neptuno que con su tridente
Abriendo al Ponto el gran pecho paterno,
El ancho y sordo lago recogiese
Y la tierra los hombros descubriese.

De la manera que al teatro ó scena
El extendido velo en torno gira,
Y al tiempo que la cierta señal suena,
Por todas partes se recoge y tira;
La bella obra de pinturas llena,
Que atentamente el pueblo alegre mira,
Muestra columnas, mármoles, retratos,
Cornijas, bases, varios aparatos;

Así cuando las aguas detenidas
Obedeciendo á Dios se recogieron,
Sus incultas cabezas escondidas
Los collados y montes descubrieron;
Y las mismas que de antes esparcidas
Sobre el confuso caos estuvieron,
Las congregó en su vientre el Oceano,
Dejando atrás el valle, el cerro, el llano;

Como cuando las fuentes anubladas,
Humor vertiendo de los grandes senos,
Inundan las campañas agostadas
Y los valles de seca yerba llenos;
Pero después las ondas derramadas,
Los pasos de espumosa humedad llenos
Retiran hácia atrás, y en breve lecho
A sí propias se sorben en su pecho.

Mas si por tantas partes se esparcian
En el umbroso caos aguas tantas,
¿Cómo á lo bajo aquellas no movían
Desde lo alto las ligeras plantas,
Y al lugar reservado no corrían,
Que eligieron después por leyes santas,
Que es natural al húmido elemento
Descender, y en lo bajo hacer asiento?

Antes que con su mano poderosa
Dios enfrenase la soberbia fiera
Del Oceano y rabia impetuosa,
A esta rueda faltaba la carrera,
Porque era una laguna perezosa
Naturalmente la bañada esfera;
Pero al punto que oyó el Verbo divino,
Por los campos corriendo abrió camino.

PE-11.

Como en las calles ó extendidos llanos
Los mozos señalados y desnudos
Cuando oyen la señal, sueltas las manos,
Corren con fuerza arrebatada agudos;
Y levantando con los pies livianos
Nubes de polvo espesas, sufren mudos
Un temor en los rostros manifiesto,
Hasta alcanzar el rico don propuesto;

Privan los soplos del hinchado Noto
A la region salada del sosiego,
Y su fingida paz con terremoto
Truecan en rabia y belicoso juego;
Con obstinada furia y alboroto
El negro Ponto de soberbia ciego,
Sobre los aires sus grandezas mide,
Y al triste navichuelo el paso impide.

Los afligidos pescadores, viendo
En las cerradas aguas descubierta
El simulacro de la muerte horrendo,
Al vivo día entre tinieblas muerto,
Llamán á Cristo con mayor estruendo
Que mueve el mar de tempestad cubierto,
Para que refrenase su ira brava,
El cual dormía y vigilante estaba.

Despierta Cristo, y viendo la mudanza
Del piélago con impetu bramando,
Le rompe al punto la feroz pujanza,
De suerte tal con su palabra y mando,
Que nunca tuvo el Ponto tal bonanza,
Ni el tiempo se mostró jamás tan blando,
Ni el céfiro sopló mas suavemente,
Ni las ondas alzaron mas la frente.

Pues si los montes de humedad preñados,
Que en alto levantó con saña fiera
Neptuno, y á los vientos enojados
Con su palabra Dios quieta y modera,
Y esgombrando los concavos nublados,
Del cielo descubrió clara la esfera,
Tambien hará correr con presto curso
De las paradas ondas el concurso.

Y así, en diciendo el Rey del firmamento:
«El agua en los abismos derramada
Se junte en un lugar», luego al momento
Obedeció al precepto apresurada;
Y el bañado y solícito elemento
A la tierra en sí misma sustentada,
Con torcido viaje y con revueltas
En contorno cercó y oblicuas vueltas.

¡Oh desconocimiento conocido
Del humano linaje, que inclinando
Los cuerpos insensibles el oído
Al mandato de Dios su ley guardando,
El hombre racional, cuyo sentido
El moto de los cielos alcanzando,
Penetra lo mas intimo, sin seso
La cerviz huye de tan dulce peso!

Sus entrañas abrió piadosamente
Para dar paso enjuto al pueblo hebreo,
Sustentando en el aire trasparente
Las caudalosas venas Eritreo;
Con que hizo al Jordan de su corriente
Volver atrás el húmido paseo,
Y al gran Moisés mostró abierto el camino,
Que la naturaleza á cerrar vino.

Y cual toro corrido y acosado
Del irlandés ó del español perro,
Que herido del uno y otro lado
De la garrocha con el duro hierro,
Levantando en el coso alborotado
En alto la cerviz y áspero cerro,
Los pasos poco á poco atrás retira,
Para partir después con mayor ira;

Así cuando el varon fiero en semblante
Mas que el mar, encendidas las mejillas
Con su gente pasar quiso adelante,
Viendo enjutas y abiertas las orillas,
El retirado Ponto al mismo instante
Con fuerza caminó, y á las cuadrillas
Y cruel capitán dió sepulturas
En sus cavernas concavas y oscuras.

17

Pero Dios, porque fuese mas hermoso
El bajo mundo y mas rico de dones,
Hizo que el mar, que con su giro ondoso
De la tierra humedece los terrones,
Ya con viaje oblicuo y tortuoso
Bañase sus confines y cantones,
Ya en forma de geométricas escuadras,
De figuras esféricas y cuadradas.

Como del ancho Nilo la profunda
Corriente en varios cuerpos se reparte,
Cuando los campos fértiles inunda,
Que aquí se junta y acullá se parte,
Allí corre derecho, allá asegunda
El natural triángulo á otra parte,
Y revolviendo por los valles, juega
Fertilizando la agostada vega;

Tal es el lago que desde Occidente
Humedeciendo viene al Mediodía,
Por templar el calor del Cancro ardiente,
Dando vuelta después á la Osa fría;
Por medio de la tierra al Oriente
Sus olas de la opuesta parte envía,
Por cuya media division el hombre
De mar Mediterraneo le dió nombre.

Deste gran seno las profundas venas
Que se derraman por la antigua Esperia,
Primero que á otra tierra las arenas
Hacia el Siroco bañaron de Iberia;
La cual porque habitaron sus almenas
Los celtas, la llamaron Celtiberia,
Y pasando las aguas adelante,
Los mallorquines ciñe en el Levante;

A quien liga con grillos de cristales,
Como en prision la fugitiva onda,
Porque extendiendo en alto los ramales
De la torcida y espantosa honda,
Que al despedir la piedra da señales,
Temblando de temor, la esfera honda,
No maten con el golpe duro y cierto
Todas las aves en el aire incierto.

Tal es el campo liquido y salado
Que sustenta las tierras de Marsilia,
Que en Italia Tirreno fué llamado,
El Siculo, que templo de Sicilia
El promotorio adusto y abrasado,
De donde sin correr parte á Panfilia,
Y extendido por Creta, el gran distrito
Riega y mitiga del ardiente Egipto.

Con diferentes giros y revueltas
Saliendo de Helesponto, abre camino
Contra Aquilon, que con las alas sueltas
Rompe el grueso bajel de roble ó pino,
Pero junto á la Grecia dando vueltas
En el profundo lirico vecino,
Recogiendo las venas en su pecho,
Se retira, formando un corto estrecho.

Desta pequeña boca serpeando,
Sale el abierto Ponto contra Oriente,
Y aunque tuerce el camino, está mirando
Siempre al Euro y al Bóreas juntamente;
Y como por la tierra va arrastrando
Con viaje torcido la serpiente,
De tal manera el Oceano infido
Camina flexuoso y retorcido.

Hacia el rigor del Arctos penetrante,
Sobre las vastas ondas levantado,
Después muestra la frente semejante
Al ariete, el promontorio helado;
De donde mira el frio navegante
Los dos mares del piélagos hinchado,
Que en su vuelta á la cuerda se parece,
Que las puntas del arco fortalece.

Otros senos tambien este mar tiene,
Que con secretas y abundantes venas
Bañando las campañas, las mantiene,
Propincuas á sus ásperas arenas,
Y con sus fuerzas el furor detiene
A las escuadras de soberbia llenas,
Poniendo freno á su obstinada furia,
Fundada en ambicion y atroz injuria.

Riegan tambien á la preñada tierra
El agua mansa y el inquieto rio,
Que por quiebras inciertas juega y yerra
Con burlador y bullicioso brio;
El gran torrente, que de la alta sierra
Despeñado, quebranta el humor frio,
Y la veloz carrera va parando,
Cansado de correr de cuando en cuando.

A la famosa Méfis humedece
El Nilo, levantando su ribera
En alto contra el Cancro, cuando crece,
Y los pasos al Bóreas acelera;
Las provincias por donde se aparece,
Jamás vieron humilde su carrera,
Cuyos grandes principios y cabeza
A pocos descubrió naturaleza.

Contra Siria con furia arrebatada,
Del paraíso el suelto Tigris nace,
Y las piedras con fuerza no domada
Revolcando en sí mismo las deshace,
A quien llamó saeta acelerada
Persia, por el veloz curso que hace;
El cual después, el acerado enojo
Templa en el ancho lago del mar Rojo.

Con el Tigris Eufates es nacido,
Rico de joyas de una propia fuente;
El Araxes con impetu atrevido
Baja de Armenia contra su corriente;
En cuyas hondas cuevas sumergido
Fué de Alejandro el fabricado puente
De robles duros y de gruesos pinos,
Traídos de los montes convecinos.

El venturoso Líbano descansa
Sobre los hombros del Jordan hermoso,
Que al judío con senda clara y mansa
Divide del arábigo oloroso,
Y á do la furia, el mar muriendo, amansa,
Viene á parar su curso milagroso,
Por quien el hombre restauró la vida,
Que por la inobediencia fué perdida.

¡Oh mas que los demás privilegiado,
Que ante el pueblo de Dios, Jordan, te abriste,
Y por su fiel amigo declarado,
Del tierno pecho sabidor le hiciste,
Al cual en tus orillas congojado,
Entre las aguas paso enjuto diste;
Y de los justos Eliseo y Elias
Dieron entera fe tus ondas frías!

Tú solo mereciste y alcanzaste
Sanctificado ser, cuando la viva
Y limpia carne del Señor bañaste,
Que te dió fuerza regenerativa;
Tú nuestra mancha original lavaste,
Con que el alma dejó de ser captiva,
Cuando en tus brazos el Redemptor mismo
Ordenó el Sacramento del bautismo.

El Ebro de su nombre señaladas
Deja las tierras, que soberbio baña,
El Bétis entre olivas plateadas
Tiñe las blancas lanas en España,
Do el Tajo vierte entre olas azotadas
El oro, que en sus cuevas acompaña,
Cuyas riberas los caballos pacen,
Que de las yeguas y el Favonio nacen.

Unas veces, en lagos caudalosos
Extiende Guadiana el grande lecho,
Otras, los senos blancos y espaciosos
Por extremo reduce en corto estrecho,
Y del todo en sus valles deleitosos,
Cosa maravillosa, esconde el pecho,
Después naciendo, por mirar sus prados
De olorosos matices adornados.

De las cumbres de Soria derivando
El Duero su veloz curso acelera,
Varias fuentes y rios tropellando,
Hasta que acaba su raudal carrera;
El Miño con voraz boca usurpando
El color al pimienta y roja cera,
Bajando de los montes leoneses,
Los gallegos divide y portugueses.

El claro Tórnes, argentado rio,
Con su plata las márgenes matiza,
Y á despecho del hielo y duro frio
Los castellanos valles fertiliza;
De sus cristales con el humor frio
Los ingenios aclara y sutiliza
En la universidad salamantina,
De ciencias y de sabios oficina.

El Jerete con impetu se arroja
De los riscos de Béjar y la vega
Florida de mi patria después moja,
Cuya fábrica antigua á besar llega;
Por donde la veloz carrera alfoja,
Con que sus huertos y jardines riega,
Y verlo hinchado en mis versos quisiera
Tanto, que el mundo su corriente oyera.

Tambien la grande y seca tierra bebe
Del Oceano inmenso las corrientes,
Que el mismo por ocultas partes mueve,
Sorbiéndose de nuevo los torrentes;
Y sin temor mi pluma no se atreve
Contar sus maravillas excelentes,
Que increíbles á muchos son, y tanto,
Que entre dudas les ponen grave espanto.

Cuando el dorado sol cubriendo el suelo
Con nueva luz, señala al Mediodía,
Vence á la nieve y al rigor del hielo
De Júpiter Amón el agua fría;
Pero cuando la noche desde el cielo
Su resplandor oscuro nos envía,
Y la candida luna resplandece,
Cual suele al fuego, al punto hierva y ecece.

Si algun pastor, que el tierno pensamiento
Al blando yugo del amor inclina,
Esparce el son del rustico instrumento
Al aire, en las riberas de Eleusina,
Ella, al compás del amoroso acento,
Se alegra y bulle, cosa peregrina,
Y va de punto en punto saltos dando,
Una y otra cadencia segundando.

Hay en Canarias una dulce fuente
Que brota sobre el aire, y se levanta
El natural humor de su corriente,
De los continuos llantos de una planta;
Que de los brazos y de la ancha frente
Está vertiendo en abundancia tanta
El suave licor, que la sed quita
De la gente que en entorno della habita.

En el Perú dorado negra brea,
En lugar de cristal corriente nace,
Con la cual el cascado bajel brea
El piloto y de nuevo le rebace;
Un rio en la Beocia, de la idea
Al triste que del bebe, borrar hace
Las efigies pintadas en la tabla,
Donde callando, la figura habla.

Cierto arroyo en Sicilia fertiliza
Al impotente, que sus venas prueba,
Otro, en su competencia, esteriliza
Al que de fértil complexion dió prueba;
En Egipto la antorcha muerta atiza
Hoy un lago, y su oculta luz renueva,
Y renovada, si después le toca,
A morir en sus ondas la provoca.

Yo sin duda tan raras experiencias
Diría que eran fábulas y errores,
Si con averiguadas apariencias
No lo afirmaran doctos escritores;
A los cuales se debe por sus ciencias
Dar crédito, y efectos no menores
Vamos cada momento en aguas varias,
Que no admiran, por ser tan ordinarias.

Como son las corrientes manantiales,
Nacidas en los llanos y en las cumbres,
Que corriendo por venas de metales,
De tépidos azúfres y de alumbres,
Libran con sus virtudes naturales
Al enfermo de tristes pesadumbres,
Envejecido con crueles daños,
En el abril de sus floridos años.

Todas pues estas fuentes y arroyuelos,
Ya estén lejos del Ponto, ya vecinos,
El vaporoso humor que de los cielos
Vierten las nubes entre torbellinos,
Los raudales torrentes y los hielos
Deshechos en los Alpes y Apeninos,
Siguiendo del Señor el estatuto,
Llevan al mar el húmido tributo.

Mas, crecer no le hacen una gota,
Ni los pasos mover mas adelante,
Aunque las aguas, que la tierra brota,
Augmentase el invierno cada instante,
Y de la nieve quebrantada y rota,
Con el ardor de Febo penetrante,
Sobre las cimas de los montes frios
Naciesen cada punto inmensos rios.

Que cuando los espíritus de Eólo
Las alas con furioso impetu baten,
Y entristeciendo el rostro al rubio Apolo,
Con el hinchado piélagos combaten,
Levantando las olas hasta el polo,
Que después al profundo infierno abaten,
Con tan gran tempestad Neptuno apenas
Cubre de sus riberas las arenas.

Que en sí mismo su cólera quebranta,
En blanda espuma su furor convierte;
En alto las montañas, que levanta,
Desde los astros esparcidas vierte;
Tanto dominio tiene la ley santa,
Que Dios impuso al Oceano fuerte;
Pero tambien su indomita braveza
No contradice á la naturaleza.

Porque los escuadrones voladores
De Hipotades, el sol resplandeciente,
Que con suspiros y con resplandores
Purgan al Ponto la bañada frente,
Siempre están enjugando los humores,
Que recogiendo van naturalmente
De la rociada tierra y aire oscuro,
Que le ofrecen después por censo y juro.

De la suerte que el hombre, siendo herido
De calentura en el inquieto lecho,
Se retira y alarga, y afligido
Vuelve y revuelve el abrasado pecho;
Así con parasismos sacudido
El mar, ya bajo, ya alto, ya deshecho
En blanca espuma, enerespa la ribera,
Moviendo siempre la bañada esfera.

Como cuando con soplos arrogantes
El Bóreas, esgombrando los nublados,
Lucha con las alturas tremolantes
De los bosques frondosos y acopados;
Pero tambien los circuitos errantes
Hacen que los confines usurpados
A la arenosa tierra restituya
Neptuno, y que cobarde della huya.

Y sin errar su movimiento incierto,
Sigue el oblicuo giro y ordinario
Del sol, el concertado desconcierto
De los cielos, en su curso contrario;
Pero principalmente el error cierto
Del mas propincuo, mas veloz y vario,
Y de las ondas la materia fria
Crece y mengua seis horas cada dia.

Al tiempo que del rostro luminoso
A descubrir comienza las mejillas
Cintia á la dura tierra, el globo ondoso
Con blanca espuma argenta las orillas,
Y aumentando las fuerzas, victorioso
Viene con sus embates á cubrillas,
Hasta que al medio globo la gran diosa
Sobre su carro sube presurosa.

Si desde el alto asiento despeñada
Viene á morir al inclinado ocaso,
El mar de la ribera golpeada
Poco á poco retira atrás el paso;
El cual tambien con furia arrebatada
Vierte las aguas del redondo vaso,
Y á crecer vuelve cuando á la otra gente
Muestra la luna altísima la frente.

Pero cuando después hacía el Levante
De nuestro Oriente la carrera inclina,
El Ponto, sin pasar mas adelante,
Con temeroso paso atrás camina;
Y con humilde y tímido semblante
Viendo que la bañada ira declina
De las ondas, con ellas atrás vuelve,
Y en su mudable pecho las resuelve.

Aunque no todo mar la rabia aumenta
Por una misma ley ó debilita,
Cuando su resplandor Cintia acrecienta,
O de su rostro el sol la lumbre quita;
Que tres veces la Scila, que se asienta
Junto á Caribdis, cada día grita,
Sorbiéndose las ondas, y con ellas
Otras tantas azota las estrellas.

Hay otros senos, que al profundo suelo
Dos veces, según muchos han escrito,
Bajan las aguas, y después al cielo
Vuelven á alzarlas con terrible grito;
Mientras el carro del señor de Delo
Corre por el dorado circuito
De la esmaltada cinta treinta grados,
Con los caballos sueltos y enredados.

Acrecentando va las fuerzas fieras
El Oceano, y los soberbios rios
Entrando en él, las húmidas carreras
Vuelven atrás á sus principios frios;
Y como huyendo, dejan las riberas,
Recogiendo las riendas de sus bríos:
Tan grande es el poder que les oprime
De Neptuno, que inquieto brama y gime.

Y cuanto mas espanta, si se enoja,
Cuando azotado de contrarios vientos,
Con proceloso y ciego rencor moja
De las divinas lúces los asientos,
Tanto es mas agradable cuando alfoja
De su enojo los ímpetus violentos,
Y blanqueando como leche pura,
Los medrosos confines asegura;

O cuando el fiero grito, con que atruena
Las playas, en sonido alegre muda,
Y de la frente placida y serena
Con manso movimiento espuma suda;
O cuando retozando en el arena,
Las márgenes parece que saluda:
Qué apacible ruido, que suave
Saltar atrás, al son y compás grave!

El mar es quien los poros apretados
Fortaleciendo baña de la tierra,
El que junta los pueblos apartados,
Y aparta los peligros de la guerra;
Dando socorro á los necesitados,
El rigor de los bárbaros destierra,
Aunque otras veces, cuando se engravece,
Al hombre entre sus brazos aborrece.

Pero la tierra como mas piadosa
Jamás desamparó al linaje humano,
A quien naturaleza poderosa
Suele negar la defensora mano;
La retorcida llama, ímpetuosa
Nos amenaza con furor insano;
El aire herido del azote fuerte
Congela nieves y granizo vierte.

Deste pesado y sólido elemento,
Con igual intervalo, la grandeza
Dista del estrellado firmamento,
Inclinando en el medio su firmeza;
A quien estable, sobre noble asiento
Crió el Señor de la naturaleza,
Y la gran carga de su bulto es nada
Con el orbe celeste comparada.

Mas, aunque de inquietud el grande peso
Está libre, y su esfera es densa y dura,
Es tambien cavernoso el cuerpo grueso,
Como con fuego y aire hace mixtura;
Boreas mil veces con cadenas preso,
Dentro en la cárcel lóbrega y oscura,
Por salir á los campos deleitosos,
Causa mil terremotos espantosos.

Aposenta vapores encendidos
En sus entrañas el preñado suelo,
Aunque sus fuertes miembros son heridos
Con el rigor del enojado hielo;
Pero como adversarios atrevidos,
Que siempre intentan levantarse al cielo,
Poniendo fin al porfiado encuentro,
En alto los exhala de su centro.

Arroja entre una y otra áspera roca,
Con ira el Mongibel, de azufre ardiente
Espesas llamas, por la negra boca,
Como de Flegetonte el gran torrente;
En el polo con nubes de humo toca,
Del sol turbando la serena frente,
Y con bramidos el furioso monte
Entorno atemoriza á su horizonte.

Las horribles montañas entre tanto
El gran Tifeo deshacer procura;
Tiembla la tierra, teme Radamanto
No se abra de Pluton la cueva oscura,
Y entrando por la boca, cause espanto
Del enviado día la luz pura
A las crueles sombras del infierno
Y al mismo rey del tenebroso averno.

Cuando del Padre Eterno entre las manos
El mundo, como niño iba creciendo
Poco á poco, y los brazos soberanos
En contorno del gran cuerpo extendiendo,
Alzó los montes, abajó los llanos
El sumo Dios, las aguas dividiendo,
Antes mezcladas en el caos confuso,
Y en lo mas inferior los valles puso.

Después dijo: «La tierra que eria
Fué al principio por mis intentos castos,
Corone la cabeza levantada
Con varias flores, con suaves pastos;
Y según la simiente, que encerrada
Tienen en sus profundos senos vastos
Los árboles, sus cimas extendidas
Muestren con dulces frutos guarnecidas.»

Sintiendo pues el doloroso punto
La gran madre del parto repentino,
En alegre trocío el rostro defunto,
Luego que obedeció al Verbo divino;
Y del cerrado vientre al mismo punto,
Conmovida á engendrar, abrió camino
A las verdes escuadras, adornadas
De frutos cuando apenas son criadas.

Cual la vida que con negro manto
Toda se cubre, y para mas enojos
Con los suspiros del continuo llanto
Saca agua de las nubes de sus ojos;
Pero olvidada del funesto canto,
Vistiéndose después ricos despojos,
Y compuesta de joyas con grande arte,
Risueña á las segundas bodas parte;

Deste modo la esfera seca y dura,
Que se mostró con pálidos colores,
Cubrió el cuerpo después con vestidura
Recamada de yerbas y de flores;
Y á trechos esmaltando en la verdura
Diversas plantas grandes y menores,
Las madejas pintadas y frondosas
Rodeó con guirnaldas olorosas.

Y por cumplir de Dios las leyes ciertas,
Los bosques y las selvas extendieron
Las cumbres acopadas y cubiertas
Con verde ornato, de que se vistieron;
Y de repente en las montañas yertas
Varias hileras de árboles se vieron,
Que con primor diversas formas hechos,
Adornan templos y reales techos.

El alto pino con airoso brio
En pié se puso y extendió la coma,
Que varado en el mar hecho navio,
Resistiendo á las ondas su ira doma;
Y con el Boreas entra en desafío,
Cuando mas fiero por el Norte asoma;
El chopo enderezó su amena alteza,
Escondiendo en el aire la cabeza.

Haciendo opaca sombra el avellano,
En ancho los frondosos brazos tiende;
Las plateadas hojas el manzano,
Las ramas el espeso fresno extiende;
El fuerte roble, que del hielo insano
Y vientos enojados se defiende,
Hace demostracion con vista fiera
De la espantosa y tosca cabellera.

El árbol, que las sienes levantadas,
Segun es fama, coronó de Alcides,
Muestra de blanco y negro señaladas
Las hojas respetadas en las lides;
Y las varas del sauce acomodadas
Para ligar las amorosas vides,
Nacen, significando con los brazos
Los vinculos de Dios y estrechos lazos.

Seguro de las llamas vengadoras
Y de las nieves del invierno helado,
Coronas á las sienes vencedoras
Ofrece el laureo á Febo consagrado;
El cedro de las tarmas roedoras
Exemplo, sobre todos encumbrado,
Suave olor de la una y otra rama,
De quien huyen los áspides, derrama.

Las quietas hojas extendió la oliva,
Con inmortal esmalte matizadas,
A quien jamás el duro tiempo priva
Del don hermoso de que son dotadas;
Ni cuando el Boreas con rigor derriba
Las cimas de las selvas acopadas,
Ni cuando aumenta el sol la rabia fiera
Del Nemeo leon desde su esfera.

Las tristes y funestas guerras doma,
Y así, cuando hacer paces pretendia
Con su enemigo la famosa Roma,
Su blanco y verde ornato le ofrecia,
Cuya excelencia muestra la paloma
Cuando llevó á Noé y su compañía
Desta planta el despojo deseado,
En señal de que Dios se habia aplacado.

El árbol, que en las manos adornadas
Del guerrero publica el vencimiento,
En forma de pirámides y espadas,
Alzó los brazos sobre el sutil viento,
Conservando las ramas estimadas
Sin sucesion cuando de su ornamento
Priva á los bosques Aquilon airado,
Y el Cancero de centellas rodeado.

Y mientras tiene mas pesada carga,
Sobre los fuertes hombros mas estriba
Contra el peso que en sus espaldas carga,
Levantándose en arco mas arriba;
Mostrando al hombre que en la pena amarga
Y adversidades siempre firme viva,
Porque no alcanza heroicos parabienes
Quien huye del trabajo los desdenes.

La caña, que tocada blandamente
De los vientos, á trechos anudada,
Con las frondosas cuerdas dulcemente
Resuena cual la música acordada,
Luego en naciendo inclina humildemente
Al suelo la cabeza levantada;
El cinnamomo viste negra hoja,
Que cortado, olorosa niebla arroja.

Vertiendo néctar la suave rosa,
Sin agudas espinas se mostraba,
Porque su gracia, mas que el alba hermosa,
Sin engaño en aquel tiempo brotaba;
Mas ya nace entre zarzas espinosa
La flor, que al sol su resplandor hurtaba,
Mostrando que con ásperos cuidados
Son los humanos gozos molestados.

Alegre el lirio que con su blancura
Vence á la nieve y transparente hielo,
En su cuerpo dichoso la figura
De la copa olorosa mostró al cielo,
La cual, como del oro la luz pura,
En lo interior reluce sobre el suelo;
Las sienes adornó con grana fina
Luego la vergonzosa clavelina.

Inmortal florecia el amaranto;
Enarcaba las puntas esparcidas
De sus opacas lenguas el acanto,
Que en las cornijas vemos esculpidas;
De la tierra opulenta sobre el manto
Descubre las mejillas encendidas
El florido jacinto, y la viola
Risueña se mostró, y el amapola.

Pero yo creo que la tierra pia
En montes, selvas, valles y collados
Mas rica planta que la vid no cria,
Con los racimos de oro matizados;
Que la cumbre del plátano sombría
Viste en torno, y con lazos enredados
Ceñido el cuerpo de su amado tiene,
Que sobre las espaldas la sostiene.

Partamente su dulce humor bebido
Conforta al hombre mas que otra bebida,
Fomenta al natural calor perdido,
Engendra pura sangre, la podrida
Purifica y aclara, y al herido
Restaurar hace la salud perdida;
Al humo, que causar suele tristeza,
Deslumbrá; al débil cuerpo da firmeza.

Convieni el vino á todas las edades:
Vierte en el tierno niño nutrimento,
Porque consume las superfluidades,
Al calor imperfecto dando aumento;
El viejo, del invierno á las frialdades
Resiste con su cálido sustento;
Al robusto mancebo le convino
Segun su natural el fuerte vino.

¡Dichosa vid, que de un pequeño grano,
Trepando de los troncos las alturas,
Tan grandes dones al linaje humano
Ofreces de los nudos y juntas,
Que creciendo en el tépido verano,
Retienen de las uvas no maduras
El agro, á quien el sol desde la cumbre
Vuelve dulce, cociendo con su lumbre!

Entre tanto de pámpanos se viste
La vina fértil, alegrando al suelo,
Con que á la injuria y al furor resiste
Del tiempo duro y riguroso hielo;
Que á veces suele con semblante triste
Causar en la estacion templada el cielo,
Y se defiende del ardor terrible
Que causa la canícula insufrible.

¿Qué cosa hay mas hermosa á nuestros ojos
Que el ver sobre los árboles colgados
De las pendientes vides los despojos,
Con diversos colores matizados?
Cuyos racimos de rubies rojos
Y topacios en llamas abrasados,
Que en alto entre esmeraldas resplandecen,
Collares de los árboles parecen.

Al fin el pasto que el ganado paca,
La mas humilde y abatida planta,
La que con la ambiciosa cima que hace
En alto sobre el aire se levanta,
Aquella que de si muerta renace,
Y cuanto la industriosa mano planta,
Cubrian de la tierra la gran carga,
Reverdeciendo en abundancia larga.

Ningun desden entonces se temia
Del cielo ni espantoso torbellino,
Que el encendido rayo no podia
Entre nubes bramando abrir camino;
El aire de los senos no vertia
El agua ni el granizo repentino
Contra los frutos tiernos ó crecidos
De las silvestres ramas suspendidos.

Ya de todos el árbol mas temprano,
Que á los demás, cual mensajero, avisa
Que se acerca la fiesta del verano,
Porque renueven de hojas la camisa;
Hoy seguro del frio y hielo insano,
Los dulces dones con alegre risa
Para nuestro sustento da y engendra,
Y para la salud la amarga almendra.

La púa dentro de su fuerte muro
Las hileras formó de los piñones,
Y porque alguna vez el tiempo duro
Con ventosas y heladas municiones
No conquistase al escuadrón seguro,
Le trincheo por todos los cantones
De cortezas la gran naturaleza,
Con que vence del frío la dureza.

Finos granates y jacintos cubre
En su redondez lisa la granada;
El castaño la rubia esfera encubre,
De agudas puntas en contorno armada;
La olorosa camuesa se descubre
Entre esmeraldas de oro matizada;
El membrillo lanudo y restringente
Muestra madura la florida frente.

La tierra fértil en un breve rato
Adornada de pastos y de flores,
De árboles varios con vistoso ornato,
Risueña se mostró con mas colores
Que el iris saca con aspecto grato
Del sol contra los vivos resplandores,
Cuando rescata de la prisión fría
Con el arco celeste al triste día.

Muchos se admiran de razón ajenos,
Cómo la tierra derramó en un punto
Los nuevos partos de los anchos senos,
Volviendo alegre su color defunto,
Y en los campos de varias flores llenos,
Dieron las plantas fruto al mismo punto,
Como si en cualquier cosa no se viera
Mayor milagro, si se considera.

Recibe el césped al menudo grano
Del rubio pan, que para su provecho
Sembró del labrador la avara mano,
Rompiendo á Ceres el piadoso pecho;
Pero su intento no le sale en vano,
Que en el sulco del trigo ya deshecho
Brotó la yerba, y como sutil planta,
Reverdeciendo en alto se levanta.

Mas luego que á crecer la espiga empieza;
Para el futuro fruto con grande arte
Prepara vasos la naturaleza
Donde forma los granos y reparte,
Porque del Aquilon ni la aspereza,
Que con rigor desde el Areturo parte,
Ni el seco estío ni el bañado invierno
Les hagan daño en su principio tierno.

Entonces sobre el colmo ya maduro
Con el fuego que enciende el sol dorado,
De Dios la providencia un fuerte muro
Hace en torno de aristas rodeado;
Para que, como alcazar muy seguro,
El torreón no sea despojado
Por las menores aves de la tierra
De las queridas prendas que en sí encierra.

Mas ¿para qué tan largo tiempo gasto
En adornar de espigas la campaña,
De plantas, yerba y de florido pasto
El campo, el valle, el prado, la montaña,
Si puede enriquecer el árbol vasto
Que en Zebut es nacido (cosa extraña)
Los campos, valles, montes y jardines
De espigas, yerba, plantas y jazmines?

Si de la sed te aflige el accidente,
De sus venas tomar puedes el vino;
Si el vinagre te agrada, el sol ardiente
Cociéndolo á tu gusto abre camino;
Si rompes su corteza y dura frente,
Hilo á hilo sacar puedes el lino;
Da flores, fruto y pan si se ofreciere,
En suma es todo lo que el hombre quiere.

Pero Dios, que con sólo el pensamiento
Rige el sidéreo círculo, extendido
Como una gran cortina, no contento
De haber los varios árboles vestido
De verde y odorífero ornamento,
Y de frutos también enriquecido,
Ha puesto medicinas conocidas
En las plantas pequeñas y crecidas.

El ciervo tan ligero, que corriendo
Sobre las mieses de oro matizadas,
En su carrera al céfiro yenciendo,
No dobla las aristas levantadas;
Del dictamo las hojas en comiendo,
De sí arroja las flechas enojadas,
Que despidió con rigurosa mano
Del arco doblador el brazo insano.

Ceñida en torno á la garganta humana
La chicoria, á la espesa niebla esgombra,
Que de los ojos el cristal apana,
Y con su oscuridad turba y asombra;
Como cuando al hermano de Diana
La tosa nube con opaca sombra
La luz impide, y al sereno cielo
Cubre la vista tenebroso velo.

La flor suave que el tomillo ería,
Y entre panales gran fragancia arroja,
Con su virtud de la melancolía
Al afligido corazón despoja;
El fumoso vapor que Baco envía
Al cerebro fantástico se afoja,
Si sus sienas el nuevo azafran tiñe,
Y en torno á la cabeza inquieta cine.

El oloroso nardo el dolor quita,
Que impide el don y gracia del oído,
Y el ménstruo en las mujeres solicita
Hasta haber el intento conseguido;
Al grueso humor consume y debilita,
Que de la articular voz el sonido
Estorbar suele, por tener cerrados
Los miembros de la lengua organizados.

¡Oh plantas cuyas ramas saludables,
No solo muestran su valor secreto,
En las enfermedades incurables,
Mas doman á las fieras con su efecto!
Del infierno á las sombras detestables
Ponen con su poder en grande aprieto,
Y á las estrellas fuerzan en su curso,
Si es verdadero el mágico discurso.

Cuando derramó la eruel serpiente
Por los sangrientos ojos vivas llamas,
Si las espinas escabrosas siente
De agudas zarzas sobre las escamas,
Hierde á la lengua con el fiero diente,
Y entre las puntas y espinosas ramas
Espance por la boca en humo envuelto
El ponzoñoso espíritu resuelto.

El escorpión, que luego que el sol pudo
Mostrar la tierra de su luz vestida,
Prepara siempre el aguijón agudo,
Deseoso de hacer la corva herida;
Y por la cola, de piedad desnudo,
Vierte ponzoña y cólera encendida,
Si el acónito acaso toca ó muere,
Al punto los sentidos todos pierde.

Si devorando por su mala suerte
La doradilla el jabali cerdoso,
A lo interior la envía, dando muerte
A la hambre en asedio riguroso;
El bazo, que la cólera divierte
Del hígado sanguíneo y caluroso,
Y al estómago esfuerzo le está dando,
Al feroz animal le va faltando.

Por ventura, ¿no son hazañas tantas
Hechas, mi Dios, por tu divina mano,
Que de varios efectos varias plantas
Cubran la selva, el soto, el monte, el llano?
Y las que fueron por tus leyes santas
Para el un animal remedio sano,
Medicina eficaz y saludable,
¿Para el otro sean daño irreparable?

La cicuta, que al hombre de la vida
Priva, engendra en los torcidos nutrimento,
Que con la buena digestión cocida
Del corazón la llevan al asiento,
Antes que de la yerba digerida
Sus espíritus toque el frío sustento;
Y del hebero el pasto venenoso
Es á las codornices provechoso.

El buey, manso animal, y conveniente
Al uso de los carros y la reja
Del corvo arado, muere de repente
Si come la toscana cañaheja;
Del dolor vigilante el accidente,
Que á nuestro triste corazón aqueja,
Con las adormideras, de que usamos,
Muchas veces se aduerme y reposamos.

En suma, ó yo pasee por los prados,
O por los campos fértiles camine,
O me suba á los montes y collados,
O á los profundos valles me avecine,
O pase por los bosques acopados,
O por ásperas tierras peregrine,
Hallo al Eterno Padre en cualquier parte,
De quien todo deriva y se reparte.

Mas no solo adornada fué la tierra
De árboles y fructíferas guiraldas,
Que preciosos metales en sí encierra,
Ricas joyas esmalta en las espaldas;
El crisólito claro, que destierra
Las ciegas sombras, se cria en sus faldas,
Y la asteria, que al fuego con que adorna
El sol al mundo, de su color torna.

El diamante, que el hombre hoy tanto precia,
Que con la sangre del cabron se ablanda,
Y á la rápida llama menosprecia,
Rompiendo al hierro como cera blanda;
Cuya virtud, tan poderosa y recia,
En los reinos de amor gobierna y manda,
Volviendo á la mujer que hizo divorcio
Mas fácilmente al marital consorcio.

Tambien en brazos de la tierra nace
La negra acates, que del Ponto fiero
La temerosa oscuridad deshace
Y las artes del mágico agorero;
A los arrebatados rios hace
Volver atrás á su principio altero
El jacinto, que cuando Febo empieza
A anublarse, da muestras de tristeza.

El carbunco encendido, que arrojado
En las llamas, se apaga ó se marchita,
Mas con el agua líquida rociado
Arde al punto y de nuevo rescuita;
El ametisto, que al clavel rosado
Y á la violeta las colores quita,
El zafiro, con cuya lumbre bella
Se oscurece la mas hermosa estrella.

DIA CUARTO.

Padre del cielo, que del sol hiciste
La rueda, de inmortal fuego adornada,
Que á las hijas estrellas curso diste,
A las errantes, regla concertada;
Tú, que á la oscura luna esclareciste,
Del claro Febo con la luz prestada,
Tu resplandor infunde en mis sentidos
Para cantar los astros encendidos.

La cinta del Zodiaco, esculpida
De zafiros, y mas resplandeciente
Que la plata, mas rubia y encendida
Que el alba bella al despuntar de Oriente;
Rica de varias joyas y lucida,
Tuerce el viaje por la Libia ardiente,
De donde viene lleno de humedades
El invierno y de negras tempestades.

Después, cortando al cielo demediado,
Adonde la florida primavera
Nace risueña, al Aquilon helado,
Sin correr, endereza la carrera;
Desde allí las espigas abrasadas
Dora el estío, y sube ella á la esfera
Demediada del cielo, do preside
El otoño, que igual al tiempo mide.

El rubio oro, con cuyo color pinta
Sus madejas el sol cuando procura,
Guiando el carro por la roja cinta,
Mostrar alegre al mundo su luz pura;
El hierro, que si vierte sangre tinta,
La misma sangre, de la fuerza dura
Con que á los bravos corazones doma,
Cubriéndolo de orin, venganza toma;

A quien la piedra iman con ciegos lazos
Atrae á sí con garfios insensibles,
Con ocultos anzuelos, con abrazos
Secretos y con redes invisibles,
Y porfiando con estrechos brazos
Jamás deja los nudos insufribles,
Sin los cuales con él está anudada
Fuertemente sin cuerda ni lazada.

¡Oh venturosa tierra, enriquecida
Con tantos dones, cuya verde gloria
Por el bien general, que en ti se anida,
Suficiente á ilustrar cualquier historia,
A escribir tus loores me convida,
Merecedores de inmortal memoria!
¡Oh reina á quien por tu merecimiento
Todo el mundo te rinde acatamiento!

Del cielo abierto sobre tí descende
La divina influencia para ornarte;
El fuego su remoto ardor extiende
De tí en contorno para calentarte;
El aire del veloz viento pretende
Ser conmovido para refrescarte;
Y por templarte, con humores fríos
Te humedecen los mares y los rios.

¡Pluguiera á Dios que cuando como espiga
A crecer comencé, con su guadana
La muerte, pues su ira no mitiga,
Hiciera agosto desta inútil caña,
O la séptima estrella, tan amiga
Me fuera al tiempo que sali de España,
Que á romper con la reja me inclinara
Los campos, que yo entonces me ayudara!

Pero ¡ay! que el tiempo de mis tiernos años
En vanas pretensiones he gastado,
Y el invierno, sin dar fin á mis daños,
Nevará sobre mi cabeza airado;
Porque sin acabarse mis engaños,
De mi edad el estío se ha pasado,
A quien mató el otoño, que hoy despoja
La cima que el verano cubrió de hoja.

En esta faja de los cuernos vierte
El Aries bellas y olorosas flores,
El Toro la cerviz nudosa y fuerte
Adorna con nevados resplandores;
Los dos hermanos, por divina suerte
De sí esparciendo rayos tembladores,
Hacen eterna la amistad unida
Que concordés tuvieron en la vida.

El caluroso Canero nos envía,
Renovando la fuerza del estío,
Cada año al tardo y perezoso día,
Relajando del hombre el vital brio;
El Leon, con las llamas que en sí cria,
De las fuentes agota el humor frío,
Y los pastos y selvas acopadas
Quema con sus centellas abrasadas.

Muestra la espiga en llamas encendida
Con maduras aristas la Doncella,
Que antiguamente con razón tenida
Por la justicia fué, su deidad bella;
Cuando en la edad del oro, ya perdida,
Rigió los siglos venturosos ella,
Y las leyes civiles publicaba
Alegre, y con las gentes conversaba.